



dibujos de los planetas. La Grecia misma, en medio de la singular amalgama de su mitología y de la confusión infantil de sus fábulas, venera los astros como las divinidades de sus bárbaros antepasados. Finalmente, la Arabia, y la nombramos la última, porque ella parece haber operado con más claridad la fusión de la astrolatría y la idolatría, la Arabia tenía sus altares para cada una de las inteligencias superiores.

Tal aparece entre todos los pueblos esta antigua creencia, contra la cual protestaba Job en su magnífico estilo.

Una vez considerados los astros como divinidades é implorados como tales, la inteligencia humana no se detuvo en este primer paso. La marcha armoniosa de estos grandes cuerpos había sido observada y estudiada; los fenómenos que son consecuencia de esta marcha, las diferencias de estaciones, días, horas y años, habían sido apreciadas lenta y sucesivamente. La influencia física unida á la opinión existente ya de la influencia moral sobre los destinos humanos, dió á toda la economía celeste una importancia sin igual. Estos seres, cuyo poder parecía tan grande, fueron consultados sin cesar; nada se hizo sin estas ceremonias capaces de grangearse su benevolencia y de aplacar su cólera. Y entonces aparecieron los encantamientos, las conjuraciones y las oraciones. Los «talismanes,» los «anillos constelados,» las figuras estrelladas,» vinieron á ser para la multitud, para los pequeños y para los grandes, testimonio indispensable de seguridad y de felicidad. Para los intérpretes de estas envidiosas divinidades, fué esto una fuente de poder y de riquezas. Grande era la recompensa, más grande aún la autoridad del sacerdote que consagraba con misteriosas palabras estos preciosos amuletos; de aquel que distribuía á voluntad del astro invocado, ó la salud por medio de una bebida preparada bajo sus rayos, ó la lluvia sobre los campos secos por el calor del estío; sobre todo, la del que predecía las pavorosas desapariciones del astro del día, ó anunciaba al pueblo impaciente la crecida de los grandes ríos.

Mas eso fué bastante para que las castas

sacerdotales hiciesen prestar confusa veneración á los astros. Para asegurar más el error le sistematizaron; el mundo todo quedó sometido á la influencia de los astros; «se repartieron los metales y los climas entre las constelaciones, y se dijo: tal astro es el dios de este clima, país (1).»

Esta división, este fraccionamiento, apoyados sobre conjeturas arbitrarias y sobre conocimientos bastante limitados, en lo demás, en astronomía, no impresionaban, sin embargo, profundamente á la muchedumbre, y á medida que los pueblos se mezclaban, se constituían los imperios y la autoridad del hombre pesaba sobre el hombre, la naturaleza humana se degradaba y de cada día se hacia más materialista. A estos seres groseros les dieron representaciones y figuras, que no eran otra cosa que la imágen misma de la casa planetaria; por otra parte, segun las ideas de los sábios, esta morada no era más que el cuerpo de las inteligencias superiores. Este ropaje corría el riesgo de ser adorado, y los sacerdotes no se atrevían siquiera á permitirlo. Entonces colocaron en las capillas imágenes de oro, de plata, de cobre, de hierro, de estaño, etc., que ellos referían á cada inteligencia, «asegurando que la virtud de los astros influía sobre ellas hasta el punto de hacerlas hablar, darlas inteligencia y servir de guías, de norma á las acciones de los hombres». Llegaron á decir de los árboles que hay en cada país de estrellas, que cuando se dedica tal árbol á tal estrella y se le planta en su nombre, ocurre entonces, por la virtud espiritual de esta estrella sobre el árbol, que dicha estrella se revela á los hombres y les habla durante el sueño cuando están dormidos bajo su follaje (2).

Estas pocas palabras revelan á la vez los progresos de doctrina sabeista, y su fusión con la idolatría. En efecto; se ve consagrar la doctrina de los «oráculos,» consultados en nombre de los astros, y esta primera consecuencia es

(1) Así habla el célebre Moisés Maimonides.

(2) Moisés Maimonides. Véanse en los *Anales de filosofía cristiana* (I, 58), las sabias investigaciones del abate Van Drival sobre los orígenes de la idolatría.



por desgracia muy natural. El hombre, por feliz que sea en la tierra, sabe bien que el presente no está á su alcance, y el porvenir es dudoso. Está atormentado por el deseo de romper el velo del tiempo, de comprender el secreto de la vida futura. Al oír un decreto funesto, una sentencia de muerte, querrá conocer su suerte. ¿Qué será si, segun la ley más comun, es infeliz? Preguntará á toda la naturaleza, recurriendo en primer lugar á los objetos de su culto, á sus poderosas divinidades, que lo ordenan todo sobre la tierra y conocen su destino. Implorará á la estatua de oro que la virtud del rayo solar ha debido hacer inteligente; la suplicará que hable, y el atento ministro del dios le traerá los oráculos del genio superior, ó le explicará lo que el misterioso planeta le ha dicho durante el sueño.

Este es el lugar á propósito para hacer una observación que explique muchas locuras. Los hombres se acordaban que el Señor en los primitivos tiempos había hablado él mismo y descubierto á sus servidores los secretos de su providencia; que los sueños proféticos habían descendido del cielo para anunciar la voluntad del Todopoderoso; y de estos privilegios prometidos á la santidad y á la virtud, se quiso hacer una regla general. Dios habló algunas veces: se quiso que se explicara siempre, y como de ordinario el sacerdote consultado no abandonaba á la muda divinidad, la fe en los oráculos, desmentida sin cesar y siempre preguntada, se desacreditó más y más. Los conquistadores temblaron en sus tronos ante los enigmas de las esfinges y de los adivinos; y de esta manera las más vergonzosas debilidades del espíritu humano sirven aún de confirmación á las tradiciones primitivas. Si Dios no se hubiera comunicado jamás con los hombres, nunca hubiera habido pitonisas, ni sibilas, ni oráculos. Cuando, por lo demás, se abre un camino á la razón humana, camino de error y de mentira sobre todo, se precipita esta con una especie de aidez y de delirio que la empuja al instante hácia el abismo. Las imágenes de los astros podían aconsejar á los hombres; pero esto no fué aún bastante; este poder de dar decretos divinos se extendía hasta á los vegetales.

Tal árbol plantado bajo tal signo hablaba al hombre que se dormía bajo su sombra: se ve ya aquí á los viejos robles de Dodona, los bosques sagrados de Delfos y de la Galia, ser trasplantados á la antigua Armenia.

Las inteligencias superiores tenían, pues, en la mano de los sacerdotes la figura, forma de la humanidad, y estaban tomadas de los ídolos de oro y de plata. Así se verificó la palabra de la sabiduría: todos los hombres que no tienen conocimiento de Dios no son más que vanidad. *Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios... y tuvieron por dioses gobernadores del universo, ó al fuego, ó al espíritu, ó al aire conmovido, ó al giro de las estrellas, ó á la mucha agua, ó al sol y la luna.* Y despues: *Pero malaventurados son y entre los muertos está la esperanza de aquellos que llamaron dioses á las obras de manos de hombres, al oro y la plata trabajados con arte, y á las semejanzas de animales, ó á una piedra, inútil obra de mano antigua* (1). De este modo admirable resume el libro inspirado los progresos y las transformaciones del espíritu del error.

La «idolatría» aparecía, pues, sobre la tierra. Nacida del culto de los genios, de la representación material de las inteligencias superiores, traía además origen de otras causas, que conviene no perder de vista. El error es múltiple en sus formas, múltiple también en sus fuentes; la verdad sola es siempre una. La veneración á los hombres útiles y poderosos, el temor y el respeto que se tributa á su memoria, la religión de los sepulcros, testimonio irrecusable de la creencia en la inmortalidad del alma, se convirtió en seguida en un culto rendido á sus imágenes. Así la *Bel* de la tierra llegó á sentarse sobre el altar en que reinaba la *Bel* de los cielos; el soberano de los hombres fué asociado al soberano del mundo. Los ídolos invadieron todos los templos.

También las tradiciones antiguas, borradas completamente de la memoria, tomaron cuerpo á su vez y se simbolizaron. Porque conviene tener muy en cuenta «el simbolismo» creado

(1) Sabiduría, cap. XIII, v. 1, 2, 10.





por los sábios y sacerdotes para conservar los hechos antiguos, personificándolos y colocándolos bajo la salvaguardia de la «iniciación» y de la ignorante idolatría de las masas. Los grandes acontecimientos de la historia primitiva, y sobre todo, las nociones primitivas de la divinidad, á pesar de estar tan alteradas, se salvaron, sin embargo, bajo este grosero ropaje. Así que, por poco que se estudien estas extrañas aberraciones, y que con el auxilio de la luz celestial se levante el espeso velo que las envuelve, se admira el encontrar en el fondo de estos «mitos» absurdos é inexplicables un vestigio luminoso, una misteriosa conservación de la verdad revelada. De este modo pasaba el espíritu humano por todos los caminos del error; de este modo la razón humana, extraviada excesivamente de la verdad intentaban divinizarlo todo en la naturaleza, las inteligencias, las fuerzas físicas, los astros ordenadores, las imágenes de los hombres, los atributos de Dios, hasta que por fin se prosternó delante de viles animales, ó adoró á toda la naturaleza en un grosero politeísmo ó en un panteísmo no ménos degradante.

Y para llegar á toda esta corrupcion, fueron bastante cinco siglos, desde Abraham á Moisés.

En efecto, desde el tiempo del santo patriarca, el Dios del cielo era ya conocido y adorado sobre la tierra. El Egipto mismo, que despues fué el centro de tanta supersticion, el Egipto no habia aún olvidado totalmente al Criador; su Faraon, como el rey Abimelec de Gerara, sabia humillarse ante el poder del Dios que le castigaba.

Sin duda la religion patriarcal habia sufrido ya notables cambios, sobre todo en la Caldea y en las comarcas vecinas. Sin duda el culto de las inteligencias superiores, igualmente que el de los astros, habia comenzado á introducirse; Nacor y Taré habian adorado á los dioses extranjeros. Hacia tiempo que Dios se habia revelado á Abraham y con su alianza habia salvado la verdad. Por esto la idolatría invadia todo el mundo.

Además debian elevarse grandes protestas del seno mismo de las naciones. El santo Job

exclamaba: «Yo no miré al sol cuando resplandecía, ni á la luna cuando caminaba con claridad. Mi corazón no sintió secreta alegría, ni besé mi mano con mi boca, lo cual es una maldad grandísima y una negacion del Todopoderoso.»

Pero llega la época de la conquista de los árabes, y con ellos el culto material de las estatuas y figuras, la deificacion del sér humano.

Este fué, en efecto, un espectáculo singular que ofrecieron estas tribus que se dieron á conocer al mundo por medio de la guerra y del engaño.

Arrojáronse todas bajo el estandarte de sus falsas divinidades: los servidores de Wadd, los de Sawao y de otros tres ídolos, cuyo origen se eleva á la más remota antigüedad, se establecen aquí y allí sobre las ruinas de las monarquías asiáticas destruidas; lo cual es una especie de predicacion, de ejemplo. No basta doblegarse ante el hierro del conquistador, es preciso hincar la rodilla delante de la imagen que le ha dado la victoria, ó que derrama á su voz la lluvia y la fertilidad sobre el país conquistado.

Los árabes pasaron; pero el mal estaba hecho. Desde esta época, los falsos dioses se entronizaron en el mundo y se los ve dominar en todas partes. Estos dioses están todavía mal definidos; su poder no es completo.

Muchas veces están á las órdenes de los hombres; Semiramis los manda «lamer las playas de Ara.» Esto no obstante, su poder aumenta. Laban persigue á Jacob para que le devuelva sus *Therafin* robado por Raquel (1), porque sus *Therafin* (2) le predecian el porvenir. Jacob se obligó á enterrar debajo de un terebinto los dioses y los yalinnanes de sus servidores. La historia del Asia ofrece en cada página una aparicion de estas falsas divinidades, hasta que, en la época de Moisés, se hizo general la iniquidad y la corrupcion.

El politeísmo de las masas se agrandaba y extendiase cada dia bajo la influencia siempre

(1) Génesis, cap. XXX, v. IV.

(2) Zacarías, cap. X, v. II; Ezequiel, cap. XXI, v. IV.



amenazadora de las castas sacerdotales. Porque el poder del sacerdote aumentaba en razón del poder del ídolo; astrólogos, médicos, sacrificadores, sobre todo adivinos, los ministros de los templos dominaban á la multitud, tanto más, cuanto mayor era su error. Este es el tiempo de las prodigiosas construcciones religiosas, de los templos de Babilonia, de Benarés, de Heliópolis, de Azerbidjaian, de Menfis y de Tebas; este es el tiempo de las filosofías engañosas, de las profundas degradaciones.

Por toda la tierra parece que hay un verdadero diluvio, en medio del cual flota el arca santa de Abraham, de Isaac y de Jacob; las aguas crecen, las olas se levantan, el yaso sagrado es derribado por los vientos, las olas amenazan tragarle, la tierra de Egipto se entreabre como para sumergirle; hasta que al fin Moisés le hace descansar en el desierto, sobre el Horeb y el Sinai.

El error caminaba con velocidad al culto de la humanidad. Porque esta se adhirió al grosero paganismo de las masas, tomó afición al panteísmo de las clases elevadas, y estaba segura de reinar sin division. Pero no pudo ejercer su accion funesta sobre el porvenir, y ha corrompido la tradicion; en su impotencia para destruirla, disimuló hipócritamente casi abrumada bajo sus materiales representaciones y sus falsos símbolos.

Otro nuevo campo más fácil y más brillante se le ofrece: este periodo comienza hácia la consolidacion de las idolatrías.

El hombre es por naturaleza inquieto y revoltoso; está además atormentado por el deseo de saber, y por la necesidad de conocer. Pero le bastaba á este pueblo, encorvado hácia la tierra, recoger los productos de su trabajo, ó cubrirla, á costa de grandes trabajos y fatigas, de monumentos gigantescos, testimonio del orgullo de los príncipes y de la esclavitud de las naciones; le bastaba poder reunirse en espectáculo para oír los panegíricos pomposos, y ver las procesiones magníficas que hacian en sus solemnidades los sacerdotes de los ídolos; le bastaba prosternarse al pasar el arca de *Amon-Ba*, el carro de *Jaggathnatha* ó Belo; adorar con profunda humildad el *fuego sagrado de*

*Azer*, ó el Apis de Menfis, y entregarse en seguida al desorden y alegría brutales de las vergonzosas imágenes de la productora naturaleza. Embrutecimiento y prostitucion tenia bastante la multitud. Pero los espíritus elevados, las inteligencias superiores, los sacerdotes, en fin, que eran los que estaban siempre al frente de la sociedad, los hijos de la inteligencia, Arameos, Brahamanes, Hieracóforos, Magos, Druidas, y otros, no se satisfacian con una vida moral aparente. Su espíritu trabajaba, y sus estudios eran penosos. No se dedicaban exclusivamente á las ciencias de observacion, las matemáticas, la astronomía, la medicina; se ocupaban además de las elevadas especulaciones, de los graves problemas intelectuales que les agitaban; en lo interior del santuario confeccionaban los sistemas de astrología y los delirios cronológicos que grababan con simbólicas imágenes sobre las paredes ó en las columnas de los templos.

Al mismo tiempo, las meditaciones se perdian en la contemplacion de la naturaleza, en la investigacion de las causas primeras, de los principios eficaces y determinantes de los intereses, en fin, de la humanidad.

¿Cuál era el fruto de tan grande actividad? ¿Cuáles los resultados de esta ciencia penosa, que ciertamente se ha exagerado mucho, pero que es preciso apreciarla en su justo valor? La vanidad y la muerte como necesidad inevitable.

Cuando el hombre, abandonado á sí mismo, se lanza sin freno y sin guía en medio de los misterios de la naturaleza y de Dios, cuando su inteligencia intenta, sin más auxilio que sus propias fuerzas, penetrar la profundidad de estos abismos, entonces el vértigo se apodera de él, su cabeza es impotente para soportar una vida tan espantosa; sobrecogido por esta contemplacion, se arroja en la locura del delirio. Además, la historia del espíritu humano en los tiempos antiguos, no es otra cosa que la extensa narracion de tristes alteraciones. La criatura ha dicho al Criador: «Apartaos de mí;» ha olvidado sus preceptos y ha hollado con los piés sus enseñanzas. Ha negado la tradicion de sus mayores, ó la ha desfigurado; ha rechazado la fe de las edades antiguas, como vestido gasta-





do. El Señor, por todo castigo, ha oído las súplicas del hombre, se ha retirado, ha dejado al hombre solo frente á frente de la naturaleza y de sus misterios, luchando consigo mismo y con sus secretos, más impenetrables aún; que el hombre se asemeja á la paja que lleva el más pequeño viento: el primer soplo del error le hace dar vueltas desde lejos.

Además, penétrese en los lugares ocultos de los templos, y no se hallará más, en las edades antiguas, que misterios horribles ó absurdas teorías vanas y estériles. Esta es la filosofía de los números, ó de la armonía por ejemplo, es decir, la unión del Gran-todo con las diversas partes que le componen, por medio de ciertos números que indican las relaciones, de modo que, en definitiva, la virtud viene á ser un cuadrado perfecto, como la morada del sol entre los árabes sabeistas.

El abuso de la astronomía se introdujo allí; las leyes de lo finito y de la materia las aplicaron á lo infinito y al espíritu; Dios no es más que un número entero, una unidad generatriz, el hombre una combinación de un número en una cierta relación de cantidad y proporción; y participando de él hasta la última consecuencia, Dios viene á ser el todo, la unidad primera, inmensa, en la que se absorbe, y con la cual se identifica la naturaleza, que no es más que una forma más ó menos complicada de esta unidad: esto es panteísmo; así como un Dios que es todo y no es nada, es ateísmo.

Había allí también fatalismo, consecuencia necesaria de la influencia irresistible concedida á los astros y á las fuerzas de la naturaleza; había también el naturalismo, independencia absoluta de la razón humana, libertad sin límites, sin ley, que no está violentada por ningún mandamiento moral superior, y que no reconoce más límite que el poder de la muerte; resultado inevitable de la deificación de la naturaleza material, de la divinización de sus fuerzas y de sus inclinaciones. De estos dos principios nacen todos los desórdenes en el orden moral. El hombre satisfizo sus inclinaciones en virtud de la ley del destino, que le lleva necesariamente al pecado en virtud de la libertad ilimitada que no conoce ningún freno; los de-

sarreglos vergonzosos llegan á ser actos de obediencia al poder de la materia, y las prostituciones no son más que homenajes tributados al principio generador de los seres. Volvamos aquí la cabeza para no ver cosas que deberían quedar eternamente ocultas en lo más profundo de los impuros y tenebrosos santuarios.

Peró todo esto, panteísmo y materialismo, es la negación de la divinidad inteligente, creadora, y de su acción providencial; es también el ateísmo bajo una nueva forma.

A cualquier lado que volvamos la vista para fijarla en la muchedumbre ó en los jefes, no hallaremos allí más que un grosero politeísmo, y aquí un panteísmo descarado; y por todas partes la sabiduría eterna repetirá su condenación eterna también en estos términos: *El insensato ha dicho en su corazón: no hay Dios.*

De en medio de este caos se levanta empero una voz que protesta contra el error y que clama al cielo á despecho de aquellos mismos que querían ahogarla; voz inmensa que de uno á otro extremo del mundo se repite de nación en nación como el eco de montaña en montaña, voz que ha recorrido toda la tierra desde que el hombre la blanqueó con sus huesos, y que la recorrerá hasta que el sol pierda su camino, y que el universo se disuelva en el último día: la voz «sacrificio», la voz «sangre.» Reyes y pueblos, sacerdotes y multitud, todos, en todas partes y siempre han derramado sangre en presencia de la divinidad. ¿Mas de qué tendría necesidad? ¿Para qué servía al Dios eterno la carne inmolada de machos cabrios y de terneras? ¿Para qué querían los ídolos de Belo, de Brahma, de Zeos, los mil dioses de las naciones, las hecatombes de toros y de ovejas, los holocaustos de animales los más puros y útiles, y sobre todo, la terrible ofrenda de la vida del hombre mismo? ¡Idea singular! Toda la humanidad pagana, sin excepción ninguna, creyó necesario sacrificar lo que tenía de más precioso é inmaculado; el delito de homicidio para el cual la venganza humana no tenía bastantes suplicios, llegó á ser de repente el acto santo por excelencia, y la hostia grata sobre todas; sin atender, Dios ha grabado en el corazón del hombre esta ley: «No matarás.» ¡Ah, el hombre ha bus-



cado la salud espiritual en el pecado, la prosperidad en la mortandad, la vida en la muerte! Misterio inexplicable en quien no hay el secreto de la verdad eterna, y cuya solución se halla en esta profunda creencia de la redención por medio de la sangre y de la muerte; confesión dolorosa de la caída, esperanza sublime de la reparación. El hombre sentía gravitar sobre su cabeza el decreto del juez enojado; quería aplacar esta cólera implacable; sabía que era necesaria una víctima sangrienta, y ahogaba su temor en la sangre de los animales; pero no bastaba esto, y entonces ataba á la fuerza á su hermano sobre la piedra del altar y le inmolaba sin piedad. Por doquiera se verá también, á poco que se preste atención, que toda esta sangre derramada grita y se levanta para pedir esta víctima inefable que debe consumir todo sacrificio en el sacrificio de la cruz.

Este es el más alto, el más involuntario mentís que la humanidad misma da á sus vanas teorías de ateísmo; extraña protesta que no disminuye, sin embargo, la dura responsabilidad de sus errores.

¿Qué será, pues, una vez más, de la verdad puesta en tan gran peligro? No perecerá, porque es la vida de la humanidad, el alma de este gran cuerpo; se refugia en el corazón, y el pueblo israelita ha sido elegido para conservar el inestimable depósito.

De en medio de la Caldea, en el momento en que la invasión de los árabes va á destruir las últimas esperanzas de los fieles, Dios toma á Abraham y hace alianza con él. Se renuevan las promesas de los antiguos días. El *padre de los creyentes* se retiró del mundo, y en la larga peregrinación de su raza, purifica su fe y confirma sus esperanzas. El Señor suscita á la vez al *hijo de la risa*, Isaac, vástago milagroso de

un tronco marchito por la edad, y el *suplantador, el hombre fuerte delante de Dios*. Israel, que es el jefe de los doce príncipes del pueblo. A cada uno de estos patriarcas se les hizo jurar de nuevo la alianza.

Peró la malignidad de sus hijos ¿no burlará las esperanzas del Señor? La familia ha llegado á ser un gran pueblo, y hé aquí que se corrompe y envilece bajo el cetro de los egipcios; su nombre va á desaparecer en la tierra de la esclavitud. Pero el Dios de Israel, de Isaac y de Abraham es el Dios de la verdad. Él habló en la zarza encendida á su siervo Moisés; Él hizo que le dominara su espíritu: el pueblo de Jacob saldrá de Egipto. Sus prodigios trastornarán la naturaleza, el mar se abrirá ante la marcha triunfal de la nación libertada. Su misión es santa entre todas; es necesario que vaya á recibir en el Sinaí la ley eterna grabada por el dedo mismo del Altísimo; es necesario que el pueblo, formando falange cerrada, se constituya en guardia perpétuo de este tesoro sagrado, para salvarle hasta el día en que debe venir el descaído de las naciones.

El Asia, al fin, se entregó á la crueldad de los conquistadores egipcios. Los nuevos ministros de las venganzas celestiales la hollarán de Norte á Sur, de Oriente á Poniente; castigarán con placer estas poblaciones embrutecidas por el error. Sigán su carrera en el mundo, allanen el camino de la tierra de Canaan, porque detrás de ellos vendrá una nación, que después de cuarenta años de viajes y de destierro, descansará al fin en el campo prometido á sus padres. ¡Paso, pues, al arca santa que llevan los levitas! Es el tabernáculo de la ley de Dios, que un pueblo entero coloca en el monte Sion, para anunciar á los hombres la esperanza y la verdad.